
UN DÍA CUALQUIERA

Mi padre se podría decir que es un hombre de toda la vida. Grande, fuerte, trabajador... Ya desde niño trabajaba en la construcción, en la recogida de fruta, en la viña y ¡hasta en la mina!, pero sobre todo es un hombre de pocas palabras... Eso es lo que menos me gusta de él, porque a veces me siento incomprendida o pienso que no soy la hija que él quisiera. Solo con una de sus miradas sabes que te está echando un sermón, o que algo no le gusta... Esto lo noto más desde que dejó de trabajar, porque se le “fastidió el hombro”, como dice él.

Me llamo Flor, tengo veintiséis años y desde que nací me dijeron que tengo inteligencia límite, pero yo creo que en ocasiones son los demás los que te limitan. Y otras muchas veces nosotros mismos. Yo era feliz, o eso me parecía, los días se me hacían largos... Me entretenía con mis cosas y siempre la misma pregunta... “¿Qué haces?” Nada, que no era nada, pero es tontería explicar a los demás. No escuchan o no entienden...

Qué se le va a hacer, todos somos únicos y diferentes... Un día cualquiera cambió todo esto, os lo voy a contar...

Trabajo en una empresa donde todos tenemos diferentes capacidades. Hacemos bisagras para puertas y ventanas, cada persona se encarga de una tarea. Entre todos conseguimos completar el producto completo, es muy entretenido. Como os decía, todo cambió un día cualquiera, en la fábrica comenzaron a trabajar gente nueva y... Me tuve que frotar muy fuerte los ojos, porque no me lo podía creer, mi nuevo compañero iba a ser ese hombre de toda la vida, grande, fuerte, trabajador y de pocas palabras. Pero ahora con una gran sonrisa en la mirada.